

Santo Tomas el apóstol que quería tocar

Si hay algo que nos es común a todos los seres humanos es tocar, tocar físicamente. No es ningún capricho es una necesidad vital. El bebe que no es tocado y acariciado por unas manos es incapaz de sobrevivir. Un niño en una incubadora que no se acaricia tendrá más posibilidades de no salir adelante y de tener retrasos importantes afectivamente. Cada uno de nosotros tiende automáticamente la mano para tocar lo que nos gusta, la caricia es un acto reflejo que tenemos muy dentro. El tocar para valorar lo que tenemos delante sea una piel o una tela o una fruta es un gesto natural. Tan natural es tocar que nos pasamos la vida diciendo a los pequeños: “No toques” que madre no lo ha dicho centenares, que digo, miles de veces. Después de una separación nuestro primer gesto es de tocar a la persona que vuelve, abrazarla y sentir en nuestras manos su contacto. Expresamos nuestro amor tocando. Es a través del tacto que aprendemos muchas cosas, descubrimos la suavidad o la aspereza de lo que nos rodea y lo que nos va a ser grato o lo que nos va a herir, esa facultad de tocar es un gran don pero a veces debemos saber prescindir de él para acoger un don mayor. El de no tocar. Las manos de María Magdalena se aferraron a los pies de Jesús tanto que él debió decirle, suéltame, no me toques. A Tomas le pasaba lo mismo quería tocar, como si en las yemas de sus dedos estuviese la facultad de hacerle creer en lo increíble, en lo imposible. Cuantas veces nos pasa lo mismo, para creer necesitamos, deseamos, una prueba material, un signo, algo que se hace tangible y que podemos tocar. Lo que le paso al apóstol es una maravillosa lección para nosotros. Jesús no se enfado, no le dijo que no tenía que pedir pruebas solamente le dijo “Puedes tocar pero..... no es necesario tocar para creer,” A Tomas la aparición de Jesús con sus llagas le toco de tal manera que se le olvido lo que pensaba hacer: tocar. El incrédulo cayó de rodillas con el más hermoso de los reconocimientos que le vino de golpe en una ráfaga de Espíritu Santo: “Mi Señor y mi Dios” Entonces le dijo Jesús algo para todos los que vendríamos a lo largo de los siglos. “Bienaventurados lo que creen sin ver ni tocar”

Bienaventurados somos los del siglo XXI que creemos no porque le tocamos, no porque oímos el sonido de su voz pero porque recibimos el regalo de Su Espíritu que como a Tomás nos toca el alma, no tenemos que utilizar nuestro sentido del tacto, no tenemos que utilizar nuestras dos manos para agarrar, tenemos que abrir las de nuestro corazón y dejar que nos toque el aire fresco de Dios, dejar que nos toque El Resucitado con sus manos llagadas, manos que tocan sin tocar pero que hacen en nosotros el mayor de los milagros, el de hacer que unos poseedores de manos materiales que quieren tocarlo todo se dejen tocar invisiblemente y transformar por ese tocamiento espiritual de manera que cayendo como Tomas ante Él le decimos: Señor mío y Dios mío”.

Hermosa es la historia de Tomas el apóstol pero tan hermosa es también la nuestra que seguimos sus pasos y somos capaces por pura Gracia gratuita de decir a lo largo de nuestras vidas lo mismo que el. Somos capaces contra vientos y mareas de creer en sus palabras por pura Gracia regalada aunque a veces nuestros razonamientos sean una manada de lobos aullando. Y somos capaces de ver en la gratuidad de la Gracia lo invisible cuando ante nosotros se extiende un materialismo que se cree triunfante cuando no es más que un espejismo. Espejismo triste y desolador creador de desastres. La historia de Tomas y de su encuentro con Jesús Resucitado siempre me gusto pero ahora la voy gustando y saboreando más profundamente cada año porque creo que por pura Gracia he dejado de querer siempre tocar lo que no se puede tocar y que remito en manos del Señor Resucitado la libertad de tocarme o no cuando al Espíritu le conviene.

Laus Deo

16 de abril de 2012
Cordélia de Castellane